

Rituales antes del cuartel. Las fiestas de quintos en la España contemporánea con y sin servicio militar obligatorio

Rituals before the barracks. Quintos festivities in contemporary Spain with and without compulsory military service

Miguel Ángel Carvajal Contreras (Universidad de Granada, España)

Cita bibliográfica: Carvajal, M. A. (2024). Rituales antes del cuartel. Las fiestas de quintos en la España contemporánea con y sin servicio militar obligatorio. *Disjuntiva*, 5 (2), 117-127. <https://doi.org/10.14198/DISJUNTIVA2024.5.2.8>

Resumen

A través del presente artículo, desde la perspectiva socioantropológica e histórica, se mostrarán los rituales relativos a la etapa previa a la realización del servicio militar por parte de los jóvenes en la España contemporánea, que han supuesto rituales de paso de la adolescencia a la edad adulta. En las fiestas de quintos aspectos como la hombría, el compañerismo y la subversión de los valores morales han sido habituales. La construcción de la masculinidad en la sociedad española a lo largo de al menos dos siglos ha estado vinculada a la realización del servicio militar por parte de los jóvenes, que debían dejar sus ciudades y pueblos para trasladarse a otros lugares en los que iban a recibir su formación como soldados. Antes de ir a los cuarteles donde iban a llevar a cabo su servicio militar, los jóvenes protagonizaban estos rituales a través de los cuales se preparaban para convertirse en hombres que podían acudir a prestar su servicio a la nación. Tras la supresión del servicio militar obligatorio, las jóvenes se han incorporado a las fiestas de quintos en aquellos lugares en los que se siguen celebrando.

Palabras clave

Ritual; fiesta; juventud; servicio militar; quintas.

Abstract

Through this article, from the socio-anthropological and historical perspective, the rituals related to the stage prior to the completion of military service by young people in contemporary Spain will be shown, which have involved rituals of passage from adolescence to adulthood. In quintos festivities aspects such as manhood, camaraderie and the subversion of moral values have been common. The construction of masculinity in Spanish society over at least two centuries has been linked to the performance of military service by young people, who had to leave their cities and towns to move to other places where they would receive their training as soldiers. Before going to the barracks where they were going to carry out their military service, the young men participated in these rituals through which they prepared to become men who could go to provide their service to the nation. After the abolition of compulsory military service, young women have joined the quintos festivities in those places where they continue to be celebrated.

Keywords

Ritual; festivity; youth; military service; quintas.

Correo electrónico de correspondencia: macarvajalcont@gmail.com . <https://orcid.org/0000-0002-2908-2404> (Miguel Ángel Carvajal Contreras)



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Introducción

Uno de los rituales festivos que han tenido mayor relevancia, sobre todo en la España rural, durante los últimos dos siglos, han sido las fiestas de quintos. Estaban vinculadas a una etapa de la vida de los jóvenes que se caracterizaba por su integración en el Estado y en la institución militar, dada la obligatoriedad de la realización del servicio militar, conocido popularmente como «la mili» (Jociles, 1992), que los llevaba habitualmente lejos de sus pueblos y ciudades de origen. Estos rituales de carácter festivo suponían una forma de despedirse, al menos momentáneamente, de sus lugares de residencia, a la par que les permitía mostrar públicamente su masculinidad y los roles de género vinculados a la hombría, que iban a alcanzar plenamente tras su paso por los cuarteles, cumpliendo con la milicia y con el Estado al que iban a jurar fidelidad y a servir a partir de entonces, si ello resultaba preciso.

Gran parte de los jóvenes tenían que realizar el servicio militar de forma obligatoria, salvo excepciones, como las exenciones de tipo familiar, físico, profesional o económico que se alegaban ante las autoridades militares (Frieyro de Lara, 2002) y se les agrupaba por quintas, es decir por cuotas de mozos por unidades administrativas (Rambla, 1994). Una vez establecido el servicio militar obligatorio a inicios del siglo XX, que sustituyó al reclutamiento por quintas que se había producido anteriormente, los jóvenes mayores de edad debían cumplirlo, por lo que pasó a denominarse popularmente como quintos a aquellos jóvenes cuya quinta era la misma, y que por lo tanto coincidían en edad y habían realizado el servicio militar al mismo tiempo. Los mozos participaban en su gran mayoría de estas fiestas, que constituían un momento de ocio excepcional previo a su conversión en hombres a través de su paso por el ejército, que duraba un largo periodo, tras el cual la mayor parte de ellos debían reincorporarse a la vida que anteriormente tenían.

El paso por la vida militar marcaba también las experiencias bélicas de muchos de estos jóvenes, que pasaron a lo largo de los siglos XIX y XX por conflictos como la Guerra de la Independencia, las guerras carlistas, la Guerra de Cuba y Filipinas, la Guerra de Marruecos y otros conflictos menores, suponiendo un paréntesis para muchos de ellos la Guerra Civil, que haría que la militarización fuera generalizada entre la población joven masculina en España durante unos años, tanto en la retaguardia republicana como en la franquista, participando también las mujeres durante el inicio del conflicto como milicianas en la zona republicana. El servicio militar ya existía incluso antes de la época contemporánea, destacando en el siglo XVIII la atención preferente que se prestaba en la legislación militar a las cuestiones relacionadas con el reemplazo (Borreguero, 1989; Martínez Ruiz, 1992). El siglo XIX estaría caracterizado por una serie de conflictos, desarrollados bien en el territorio español peninsular, como la Guerra de la Independencia y las guerras carlistas, o fuera del mismo, como la Guerra de Cuba y Filipinas, o la Guerra de Marruecos o de África de mediados del siglo, así como la desarrollada en el protectorado marroquí durante las primeras décadas del siglo XX. Estas guerras desarrolladas fuera del territorio peninsular a finales del siglo XIX e inicios del XX, en el marco del régimen de la Restauración, requerían de un reclutamiento masivo, por lo que el sistema de quintas se utilizaría para convertir a los reclutas en soldados que podían ser movilizados en cualquier momento, de lo que se podían librar quienes pagasen un impuesto al Estado, lo que podían hacer sobre todo las familias más acomodadas. Esta situación llevaría a diversos motines, destacando, en 1909, al estallido de la «Semana Trágica» de Barcelona, como respuesta al reclutamiento forzoso en el contexto de la guerra colonial en Marruecos. El sorteo de los quintos se realizaba por lo general ante las autoridades locales, mediante la selección aleatoria de un número determinado de reclutas, pudiendo emplearse bombos para garantizar la aleatoriedad del sorteo.

Tras la Guerra Civil, el régimen franquista reorganizaría profundamente el ejército, eliminando la exención total o parcial del servicio militar y convirtiéndolo en un instrumento de socialización sistemática (Rambla, 1994; Molina Luque, 2001, 2012). Esta contribución a la socialización de los reclutas continuaría tras el franquismo, una vez implantada la democracia, si bien el ámbito militar perdería parte del considerable peso que había tenido anteriormente, y continuaría hasta la supresión del servicio militar obligatorio una vez iniciado el siglo XXI. Aspectos como la camaradería, el compañerismo y la vinculación con valores de índole tradicional como la práctica de rituales cargados de elementos católicos y nacionalistas, que durante el franquismo se verían incrementados, en los que la noción del patriotismo resultaba fundamental, pasaban a formar parte del *ethos* de los soldados, si bien la democratización de las fuerzas armadas conllevaría la

inclusión de nuevos principios morales entre los mismos, como la aceptación de la lealtad al nuevo régimen constitucional.

Estos jóvenes formaban parte de dos *communitas*, o comunidades a las que se vinculaban (Turner, 1980, 1988), la de su quinta y la de sus compañeros de armas, la primera relacionada con su comunidad de origen y la segunda con un nuevo grupo, el de los reclutas, que provenían de diversos lugares del Estado y que conformaban, durante unos meses, una nueva familia para los futuros soldados. El ritual, elemento social y cultural presente en toda sociedad, que lo va adaptando a sus necesidades y valores en cada momento (Cazeneuve, 1971; Bell, 1997), marcaba en este caso la etapa previa a la consideración del joven como soldado y la etapa posterior a su paso por la institución militar y su formación en la misma. Si estas fiestas de quintos han venido suponiendo un paso entre la adolescencia y la madurez, la jura de bandera marcaba la culminación de la etapa formativa del recluta, quien pasaba a tener una nueva consideración dentro de la vida militar y la civil, y rendía culto al símbolo más importante de la nación, a la que prometía servir si ello fuera necesario.

El reclutamiento de los quintos iría variando en algunos aspectos a lo largo del tiempo, y así, en el siglo XVIII se había establecido que las quintas debían satisfacer las necesidades del ejército establecidas por la Corona y por lo tanto se reclutaba a un número de jóvenes de cada localidad acorde a dichas necesidades. Dada la obligatoriedad del sorteo de las quintas, se produjeron motines que conllevaron que el reclutamiento no se llevara siempre a la práctica. A principios del siglo XIX encontramos la obligatoriedad del reclutamiento de las quintas registrado en la Constitución de 1812, indicando que ningún varón español se podía excusar de ser llamado a filas. Pese a esto, se establecieron dos formas de exención, la redención mediante el pago en metálico y la sustitución, mediante la cual un recluta considerado como válido podía sustituir a otro (Freyro de Lara, 2002). La opción del pago en metálico creaba notables desigualdades, al no poder ser asumida por las clases más populares.

La Revolución de 1868, que conllevó el derrocamiento de la reina Isabel II, supuso la propuesta de abolición de las quintas, pero conflictos que marcaron la segunda mitad del siglo XIX como la tercera guerra carlista, en la década de 1870, y la Guerra de Cuba, en la de 1890, hicieron que finalmente no fueran abolidas. La Primera República las abolió en la década de 1870 pero no se llegó a licenciar a todos los quintos, y, si bien con la vuelta de la monarquía hubo intentos de abolirlas, no sería hasta 1912 cuando, bajo el gobierno de José Canalejas, las quintas tal y como habían existido dejaron paso al servicio militar obligatorio, que estaría vigente hasta su desaparición en 2001, y que viviría algunas modificaciones durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (reducción del tiempo de realización del servicio militar), la Segunda República (abolición de los soldados de cuota), el franquismo (ampliación del tiempo de realización del servicio militar a dos años) y la democracia constitucional (reducción del tiempo, aprobación de la ley de objeción de conciencia, que permitía la realización de una prestación social sustitutoria, y finalmente la supresión del servicio militar obligatorio).

Las fiestas de quintos, a lo largo de este tiempo, sufrieron algunas modificaciones, sobre todo relativas a los aspectos más satíricos de las mismas, como las coplas y los versos que se recitaban y que en épocas como el franquismo estaban sujetos a la moral oficial del momento, cuando se recitaban en el espacio público. La celebración de estas fiestas solía llevar acompañadas numerosas canciones o coplas de quintos, que hacían referencia a aspectos como el noviazgo, la familia, las amistades, la condición de soldado o a alusiones eróticas o amorosas, que eran cantadas por los quintos y algunas de ellas también por sus novias. Este tipo de coplas han ido cayendo en desuso dada la supresión del servicio militar obligatorio y el cambio social acaecido en los últimos tiempos, pasando a formar parte de la memoria y del folklore musical de muchos de los pueblos en los que se cantaban, habiéndose conservado sin embargo la costumbre de improvisar coplas o versos en los pueblos, sobre todo castellanos, en los que los quintos los improvisan y que se hallan desvinculados del servicio militar y por lo tanto continúan teniendo sentido. Los aspectos más desinhibidos de estas fiestas, como el carácter carnavalesco de muchas de ellas y el consumo abundante de vino y otras bebidas y de las viandas recogidas, entroncaban con el ensalzamiento de las conductas vinculadas a la masculinidad que eran habituales en estos rituales festivos.

Juventud, masculinidad y ritual en la España contemporánea

La participación de los jóvenes en el ámbito ritual en los pueblos y ciudades de España durante la época contemporánea es una constante que podemos hallar a lo largo de todo el territorio y durante las diversas etapas históricas que se han venido sucediendo. Si bien el protagonismo ha solido recaer en los hombres, también las mujeres han participado en estos rituales, aunque hayan tenido trabas en algunos casos, como en el de la fiesta de los Alardes de Irún y Hondarribia (Bullen y Egido, 2003). En ocasiones han sido los hombres los que han realizado, de forma jocosa, los roles que se atribuían a las mujeres desde la mentalidad tradicional que marcaba la vida de ambos géneros. La masculinidad, sin embargo, ha marcado y sigue marcando muchos de estos rituales festivos, dentro de los cuales podemos enmarcar las fiestas de quintos.

La construcción de la masculinidad se basaba en la hombría, que vinculaba el ser hombre a una serie de elementos culturales que se enlazaban con el sistema tradicional de valores y la moralidad que se suponía que debía seguir cada género, de manera que el trabajo o las formas de comportamiento quedaban sujetos a lo que se consideraba propio de cada uno, siendo el hombre el que procuraba la manutención de la familia y el que protegía el honor de la misma (Lisón, 2010). Sin embargo, en planos como el ocio o la moral sexual se era más permisivo con los hombres, que podían asistir a espacios de sociabilidad considerados como masculinos, como las tabernas, bares y casinos, y prodigarse en actividades como el juego o la bebida. La asistencia a burdeles, en los que la actividad sexual era tolerada aunque no estuviera bien vista desde la moral oficial, también se permitía aunque la práctica sexual previa al matrimonio o el adulterio estuvieran sancionados por la sociedad e incluso en ocasiones por las autoridades, si bien, una vez más, siendo menos permisivas en relación a las mujeres. Aspectos como la valentía, el arrojo, la defensa del honor personal y familiar y la habilidad en el trabajo o en relación a la demostración de la fuerza serían también una constante en la construcción de esta masculinidad tradicional que se mostraba públicamente a través de los rituales, sobre todo aquellos en los que los hombres, y sobre todo los jóvenes, eran los protagonistas.

La juventud, como aspecto considerado fundamental en relación a la construcción de esta masculinidad, se manifestaba a través de diversas formas de ritualidad, como los encierros y las corridas de toros, las carreras de cintas, las cucañas, los deportes tradicionales o la escenificación de luchas que recordaban épocas históricas precedentes, como las fiestas de moros y cristianos y otras similares, tanto en la Península Ibérica como en los archipiélagos, destacando las «libreas» en el caso de Canarias (Galván, 1987), y también en rituales de marcado carácter cómico, como los Carnavales o las propias fiestas de quintos, de las que vamos a ocuparnos en esta ocasión.

Muchos de estos rituales tienen como protagonistas a los jóvenes y a los animales, debiendo éstos ser dominados en algún tipo de recinto destinado al ritual, como la plaza principal, una plaza de toros o un puerto, una constante que encontramos a lo largo de la geografía hispánica, tanto en la península como en las islas. *A rapa das bestas* en Galicia, los Sanfermines de Pamplona, el toro de la Vega en Tordesillas, las fiestas de Sant Joan de Ciutadella con sus carreras de caballos o los parlamentos de algunas fiestas de moros y cristianos en los que los mozos cabalgan y hacen demostración de su habilidad en el manejo de los caballos, son algunos ejemplos de rituales festivos en los que los caballos son también protagonistas, así como las numerosas fiestas en las que gallos, gallinas, gansos, cerdos o caballos son sacrificados o domados. En otras fiestas, son los jóvenes los que se disfrazan de animales, especialmente en las fiestas de Carnaval en lugares como Galicia, Asturias, Cantabria, los Pirineos, las Hurdes o en el caso de los carneros de El Hierro. En el ámbito militar también encontramos animales que participan en los rituales, especialmente en los desfiles, como ocurre con las mascotas en casos como el de la Legión, o la caballería que montan cuerpos como el de la Guardia Civil.

La idealización de la juventud, considerada como la etapa de la vida del hombre en la que éste goza de una mayor virilidad y en la que está más capacitado para el trabajo y la formación de una familia, era algo tenido en cuenta por los militares y por algunos movimientos políticos que tendrían influencia en la España del siglo XX, como los falangistas, y las agrupaciones armadas, de carácter paramilitar y basadas en la milicia, como en el caso de estos últimos y en el de las fuerzas extremistas surgidas durante el periodo de entreguerras y que habían tenido en la Primera Guerra Mundial y, en el caso de España, en la «Guerra de África» desarrollada

en el protectorado marroquí un primer acercamiento a la militarización de sus conductas y su pensamiento. Estos grupos mostrarían un gran afán por atraer a los jóvenes a la movilización tanto militar como política, en una época en la que la sociedad era objeto del interés de estas nuevas formas de poder surgidas de los enfrentamientos bélicos.

El autoritarismo y el fascismo tendrían en el culto a la juventud y sobre todo a la virilidad una de sus principales características, generando rituales en los que estos valores se ponían de manifiesto y que estarían vigentes durante las décadas en las que estos regímenes perduraron en Europa. En el caso de España, sería especialmente la posguerra, etapa en la que la influencia ideológica del falangismo fue más destacable, cuando estos valores tuvieron una mayor presencia en la vida pública (Box, 2010). Además de la militarización de la juventud a través de la realización del servicio militar obligatorio, los regímenes fascistas o fascistizados organizaron secciones de sus partidos, que eran los únicos permitidos, relacionadas con la idea de la milicia, en las que se encuadraba a muchos jóvenes, que pasaban así a formar parte de un doble proceso de nacionalización, a través de su paso por el ejército, algo común a la mayor parte de sus compatriotas, y a través de su paso por las organizaciones juveniles, en las que también se ponía en marcha la divulgación del *ethos* ligado al concepto de patria. Estos elementos eran incorporados a la mentalidad del recluta sobre todo a partir de su entrada en el ejército, en contraposición a la etapa lúdica que previamente el mismo había vivido en las fiestas de quintos, en las cuales el sistema de valores pasaba a un segundo plano, a excepción de la exaltación de la virilidad. Tras su paso por el ejército el joven quedaba integrado en la comunidad nacional, recibiendo los valores que se consideraban unidos al servicio a la nación, a la que el recluta se consagraba como servidor y defensor si era preciso.

Los jóvenes pasaban así a formar parte activa de la política a través de su experiencia militar en las guerras producidas sobre todo durante la primera mitad del siglo XX. El ideal vinculado a esta masculinidad joven se podía, de esta forma, imponer como modelo de conducta al conjunto de la sociedad en los países europeos en los que este tipo de regímenes se iban implantando. Una juventud que aunaba la tradición y la modernidad, un pasado y un futuro que se concebían como gloriosos, y que se veía como garante de la prosperidad de la nación, a la que contribuía a través de su compromiso con la institución militar y con el partido que gobernaba, y que reclamaba su participación en la vida política de forma activa (Casanova, 2011). Una vez que estos regímenes fueron sustituidos por otros democráticos, como ocurrió en España a partir de 1975, la juventud siguió prestando su «servicio a la Patria» durante algunas décadas, hasta que con el inicio del nuevo siglo el servicio militar obligatorio sería derogado y con él mucha parte de la ritualidad en la que los jóvenes eran los protagonistas. Las fiestas de quintos, sin embargo, fueron un tipo de ritual festivo en el que, a diferencia de otros como los vinculados a la política y la religión, no existió una notable fascistización durante los años del régimen franquista, observándose una militarización solamente en los casos en los que en estas fiestas los quintos lucen uniformes y portan sables.

En aquellos casos en los que los rituales festivos que tenían a los jóvenes como elemento principal y que se celebraban antes de la entrada de los quintos en la vida militar han sobrevivido tras la eliminación del servicio militar obligatorio, por regla general los jóvenes han pasado a participar también en estas fiestas, que se han convertido en rituales en los que se ensalza la identidad juvenil y generacional junto a la identidad local (Cornejo y Pires, 2003), ya que suelen tener acompañados elementos propios de la misma como la procesión del santo patrón de cada municipio, a la vez que se han conservado la tala y elevación de largos troncos de árboles y los elementos carnavalescos de muchas de estas festividades, como veremos.

Las fiestas de quintos en la España contemporánea

Se van a mostrar a continuación algunas características que comparten las fiestas de quintos a lo largo de la geografía hispánica, si bien, como podrá observarse, adquieren algunas características particulares según la zona, destacando que ha sido en la zona central y en el levante peninsular donde más se han mantenido estas fiestas tras la supresión del servicio militar en el año 2001, tras más de dos siglos de obligatoriedad del paso por la formación militar para numerosas generaciones de jóvenes, dado que, aunque las quintas se

basaban en un origen medieval, sería en el siglo XVIII cuando se extenderían al conjunto de la población masculina, siendo suprimidas y retomadas a lo largo del siglo XIX, prolongándose a través del servicio militar obligatorio durante todo el siglo XX y suprimiéndose al inicio del XXI, cuando el ámbito militar en España incorporaría importantes innovaciones. Las fiestas de quintos están vinculadas a las quintas y la realización del servicio militar desde la implantación del mismo, habiéndose mantenido en algunos casos, como se ha señalado, tras su supresión (Brisset, 2009).

Las fiestas de quintos tienen un elemento principal en común, que es el protagonismo de los chicos del pueblo, y en el caso de aquellos pueblos en los que este ritual festivo se ha mantenido también de las chicas, que se han incorporado en muchas ocasiones de forma activa a la fiesta, por lo que el elemento de exaltación de la masculinidad desenfadada y juvenil a través de actitudes y de comportamientos exacerbados se ha visto mermado o bien ha pasado a formar parte de los modos de exaltación de las prácticas y valores de la juventud en su conjunto. Además de ello, otra característica principal es la de la celebración cada año del paso a la edad adulta de una quinta en concreto, aunque todos los jóvenes de ambos géneros puedan participar en el ritual de forma activa.

El quinto, joven que era medido o tallado en el ayuntamiento de su pueblo, entraba de lleno en un universo ritual, sobre todo en el caso de las zonas rurales, donde pasaba a formar parte de dos comunidades, su quinta (comunidad generacional) y su localidad (comunidad local), para después, con la realización del servicio militar, pasar a formar parte de una comunidad supracomunal, la comunidad nacional (la patria), proceso que comenzaba con la fiesta de quintos y finalizaba con la licencia obtenida gracias a haber cumplido con su misión como recluta, convertido ya en soldado al servicio de esta última comunidad, la patria (Anta, 1990).

Este joven, que previamente vestía las ropas propias de su condición social y de su oficio, habitualmente vinculado al campo en las zonas rurales, y que nunca o en contadas ocasiones había vestido un uniforme, podía vestir de forma estrafalaria durante las fiestas de quintos, en aquellos casos en los que éstas se realizaban durante el Carnaval o tenían un carácter carnavalesco, incluso durante los años de prohibición durante el franquismo (Rodríguez Becerra, 1985), para vestir después durante varios meses el uniforme del cuerpo en el que se hallaba realizando su servicio militar. Ello constituía una forma de mostrar que su nuevo rol en el ejército estaba marcado por su forma de vestir y que a la vez debía conocer las características de los uniformes de sus superiores. El quinto dejaba de serlo al año siguiente de la talla y reclutamiento de su quinta, por lo que era una condición anual a la que la siguiente generación tomaba el relevo, y volvía como soldado que se había formado en el ejército y que ya era plenamente un hombre, que podía volver a su trabajo o buscar uno nuevo y formar tranquilamente su familia, ideal de vida que era el principal hasta época reciente (Anta, 1990).

Siguiendo los planteamientos del antropólogo francés Arnold van Gennep, replanteados décadas después por el antropólogo escocés Victor Turner, los ritos de paso son una clase de rito o de proceso ritual que consisten en el paso de una consideración a otra de un miembro o un conjunto de miembros de una comunidad, especialmente los jóvenes, que pasan a ser considerados como adultos, por lo que las fiestas de quintos pueden considerarse como un rito o ritual de paso. Según estos planteamientos, este tipo de rituales consisten en apartar al individuo de su comunidad, recluirlo fuera de la misma y una vez pasado el proceso ritual reintegrarlo en la comunidad como un miembro con una nueva consideración dentro de la misma (Van Gennep, 2013 [1909]; Turner, 1980, 1988; Molina Luque, 2001), lo que ocurre también en las fiestas de quintos y en el paso de los quintos por el cuartel.

De esta forma, los quintos conviven durante sus fiestas al margen de la autoridad y las normas que rigen la vida cotidiana, bebiendo la mayor parte del tiempo, durante varios días incluso, lo que los sitúa fuera de la vida de la comunidad, para, tras sus festejos, volver a la misma como mozos preparados para entrar en la vida militar que les aguarda, lejos de sus localidades y de la vida que llevaban previamente (Brisset, 2009). De esta forma, el quinto se acostumbraba a convivir con otros jóvenes de su edad y a alejarse por un tiempo de la familia, como tendría que hacer en el cuartel, donde conviviría con jóvenes procedentes de diversos lugares del Estado, y con los que ya no iba a compartir la identidad local sino una identidad como soldados. La independencia del ámbito familiar suponía la entrada en un mundo en el que la obediencia a la figura paterna se sustituía por la debida a las jerarquías del ejército, por lo que la autoridad pasaba a ser ejercida por

los mandos militares. El quinto era separado de su comunidad para ser integrado en una nueva comunidad, el ejército, para tras su formación regresar de nuevo a su lugar de origen como un hombre adulto plenamente cualificado para llevar una vida acorde a su nueva posición social (Zulaika, 1989; Anta, 1990).

El antropólogo José Luis Anta divide el servicio militar obligatorio en las siguientes fases: *identificación*, fase en la que los jóvenes son llamados a filas, en la que éstos llevan a cabo las fiestas de quintos, que no sólo determina su predisposición a la partida, sino que muestra la parte más salvaje y caótica de su condición; *realización*, el período en el que el joven se separa del grupo de referencia (amigos y comunidad de origen) estando en un cuartel y formándose como soldado, para después ser reconocido como hombre adulto, y finalmente *incorporación*, que consiste en la vuelta del soldado, tras su licencia, a su lugar de origen, quedando como cumplido con su obligación militar, lo que le permite el acceso a nuevos grados dentro de la escala de prestigio a través de su trabajo, el matrimonio y la formación de una familia, basados en su condición vital de hombre adulto (Anta, 1990, 1992).

El antropólogo Demetrio Brisset, en relación a las propias fiestas de quintos, destaca también su carácter de rito de paso y señala diversos aspectos etnográficos que las caracterizan. Señala de los mozos que siendo los protagonistas de muchos rituales festivos, a nivel personal ganaban el permiso social para emborracharse y pasar toda la noche fuera de casa, y en el nivel colectivo, a pedir comida por las calles, cortar árboles y cazar. También, encarnando figuras simbólicas, ejercían formas de autoridad que les autorizaban a dirigir comitivas, gastar bromas eróticas a las mozas y dar golpes a los vecinos (Brisset, 2009).

El día de la talla suponía ya un día de fiesta, que se celebraba durante la época de primavera. Tras ser medidos, pesados y pasar el correspondiente reconocimiento médico que los acreditaba como aptos para realizar el servicio militar, recorrían las calles bebiendo y pidiendo comida por las casas, para después organizar una merienda y cantar las coplas de quintos. Comenzaba así una fiesta que podía durar varios días, en los que bebían, comían y dormían juntos, iban a rondar a las mozas y la borrachera era habitual, lo que provocaba escenas de desenfreno en las que se podían invertir los roles de género establecidos, bailando unos quintos con otros o simulando una boda. Era frecuente que gritaran vivas a los quintos y en particular a su quinta, que hicieran pintadas alusivas a los quintos y al servicio militar en las paredes y que gastaran bromas. En ocasiones, los quintos se dividían según su posición social en dos rondas, una para los más pudientes y otra para el resto de los jóvenes. En algunas localidades era costumbre cortar árboles y plantarlos en las plazas de los pueblos, una tradición que en ocasiones estaba vinculada a las fiestas de quintos y en otras ocasiones a las fiestas patronales, y que se ha conservado en muchas de estas localidades (Brisset, 2009).

El día del sorteo era el siguiente día en importancia en la celebración de las fiestas de quintos, celebrándose el paso de la vida civil a la vida militar que les aguardaba. Esta fiesta adquiría un carácter más carnavalesco en el sentido en que, además del jolgorio característico de estas festividades, los quintos se disfrazaban e iban bebiendo y cantando por las calles. Celebrada en otoño, en esta época se sorteaba el destino de cada quinto, y para la obtención de un sorteo favorable, en el lugar deseado, y librarse de las guerras, que tanto marcarían el servicio militar durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, se pedía la protección de los santos, en muchas ocasiones de aquellos que, como San Miguel y San Jorge, tenían un carácter militar, siendo también objeto de promesas por parte de los familiares de los quintos, y especialmente las mujeres que deseaban su regreso lo más pronto y lo mejor posible, como las madres y las novias, reforzando esta costumbre la vinculación entre las mujeres y el ofrecimiento de promesas a las imágenes devocionales (Brisset, 2009; Castilla y Savage-Hanford, 2016).

Como se ha comentado anteriormente, los jóvenes solían participar en rituales en los cuales los animales eran protagonistas, y las fiestas de quintos eran rituales festivos en los que también, sobre todo en regiones como Castilla, los animales estaban presentes y los reclutas descargaban contra ellos su rabia y mostraban su masculinidad de forma belicosa. En provincias como Zamora, los mozos se vestían de uniforme y, a caballo, se lanzaban hacia un gallo que colgaba de las patas atado a una cuerda, dándole golpes con una espada mientras se recitaban versos jocosos, o bien se iba al galope corriendo para intentar arrancar la cabeza del gallo, que sería después cocinado y comido por los quintos (Brisset, 2009). En muchas provincias españolas existía esta costumbre de matar gallos u otras aves, lo cual, junto con las fiestas taurinas, que han persistido en mayor

medida a lo largo del tiempo y en buena parte del territorio hispánico como principal ritual basado en el sacrificio de un animal (Romero de Solís, 1998; Delgado, 2014 [1986]), suponía una forma de ritualidad muy extendida en la que el ave era sacrificada y posteriormente consumida por los asistentes.

Este sacrificio de animales tan habitual en la cultura popular española hasta época reciente, y extendido por toda la península y las islas, ha sido analizado por investigadores e investigadoras, sobre todo provenientes de la disciplina antropológica, desde diversas perspectivas que han intentado explicar el por qué de estos rituales marcados por la violencia contra un animal, al que se podía rendir culto y a la vez se le consideraba objeto de dicho sacrificio (Brisset, 2009; Delgado, (2014) [1986]). Vinculados a la demostración pública de la masculinidad ante la comunidad a la que el joven pertenece, así como a la potencia sexual del animal y del joven en algunos casos, estos rituales ponen en valor aspectos como la hombría, la fuerza, la destreza o el ingenio, a la par que también ponen a prueba la capacidad de aguante del animal, que en ocasiones, como en el caso de las corridas de toros, puede ser indultado por los asistentes, si bien la mayor parte de las veces el animal es sacrificado como culminación del ritual. Las fiestas de quintos suponían una ocasión adecuada para llevar a cabo este tipo de sacrificios rituales de animales, a través de los cuales los mozos que iban a ser llamados a filas se despedían de sus pueblos mostrando que el carácter bélico y la hombría, tal y como ésta era entendida, ya formaban parte de su carácter y estaban por lo tanto preparados para ser llamados a filas.

En relación a este tipo de rituales que conllevan el sacrificio de animales, cabe destacar que han caído en desuso o han sido suprimidos o modificados durante las últimas décadas, debido a un aspecto fundamental del cambio en el sistema de valores producido en la sociedad española contemporánea, la introducción y difusión de planteamientos proclives a la defensa de los animales y sus derechos, que ha tenido en el movimiento animalista su principal sustento. Dado que se considera a los animales como seres merecedores de respeto y cuya existencia debe ser protegida, este tipo de elementos socioculturales que se basaban en el sacrificio de los mismos ante la comunidad han pasado a ser percibidos como inaceptables en muchos casos, aunque el debate sobre algunas manifestaciones rituales como la tauromaquia y en general los rituales vinculados al toro sigue vigente, si bien gallos y gansos han dejado de ser sacrificados en el espacio público con motivo de fiestas como las de quintos.

Un ejemplo paradigmático de este tipo de rituales que han sido modificados es el del lanzamiento o «salto de la cabra» que se celebraba con ocasión de las fiestas de quintos en Manganeses de la Polvorosa, localidad de la provincia de Zamora. El ritual consistía en que los quintos del pueblo lanzaban una cabra desde el campanario de la iglesia, la cual caía al vacío pero era recogida por una lona que sujetaban los vecinos. Dicha tradición estaba basada en un relato legendario que narraba que una cabra cuya leche alimentaba a los vecinos más necesitados cayó del campanario pero milagrosamente se salvó al caer al suelo. En el año 2000 se prohibió la celebración de la festividad con un animal vivo, por lo que unos años después comenzó a realizarse con una cabra de peluche.

La provincia de Zamora, como se ha señalado anteriormente, presenta varios ejemplos de fiestas de quintos en las que se cuelga a un gallo de una cuerda, se recitan unos versos y los quintos, vestidos de uniforme o con algún tipo de atuendo tradicional, le dan espadaños. En la actualidad, el sacrificio del animal a espadaños se ha eliminado, colgándose un gallo ya muerto, ante el cual se recitan los versos previos a «correr el gallo». Localidades como Guarrate y El Pego son famosas por estas fiestas y, tal como puede leerse en las noticias del diario *La Opinión de Zamora* relativas a estos pueblos, las jóvenes participan en la actualidad plenamente en este tipo de rituales, al igual que los jóvenes, que en otros tiempos eran los únicos protagonistas de los mismos, habiéndose mantenido con una considerable vigencia estas fiestas tras la supresión de la *mili*.

En ocasiones los quintos participaban de rituales festivos en sus lugares de origen que tenían aspectos relacionados con las fiestas de quintos, lo que suponía que podían participar en estas fiestas como forma de preparación para sus particulares celebraciones y como forma de estar integrados en el ámbito festivo de su localidad, compartiendo el festejo con el resto de los vecinos y reforzando el carácter comunitario de estos rituales festivos (Jociles, 1992; Brisset, 2009). Fiestas como las de mayo, con la elevación de árboles y otros símbolos vinculados con la primavera, la participación en la procesión de imágenes como forma de ser considerados hombres en su comunidad de origen (Briones, 1999), el Corpus Christi o, especialmente, el

Carnaval, eran momentos en los que los quintos podían mostrar sus habilidades ante los demás y procuraban ser mejores que los miembros de la quinta del año anterior a modo de competición generacional (Brisset, 2009). En algunos casos, especialmente en la zona castellana, los quintos contribuían a la elaboración de hogueras y de la figura del Judas, que sería posteriormente quemado en la plaza o en algún otro espacio del pueblo.

Los quintos pasaban de una consideración a otra y el paso a la edad adulta conllevaba la entrada en la madurez sexual y podían iniciar o continuar las relaciones de pareja y consecuentemente llegar al matrimonio y al establecimiento de una familia tras su regreso a la vida laboral, por lo que alcanzaba también la madurez reproductiva. Previamente a su paso por el cuartel, en el marco de las licencias morales permitidas a los mozos durante las fiestas de quintos, había localidades en las que los jóvenes se trasladaban a la ciudad para pasar allí la noche y perder, al menos supuestamente, la virginidad con alguna chica de los burdeles, espacios fuera de la moral oficial que regía la vida en la época, lo que conllevaba una entrada a través de la sexualidad en el mundo del hombre adulto (Cantero, 1996). La sexualidad adquiría así también una dimensión ritual para el paso hacia la masculinidad y la vida adulta, siendo un aspecto destacado en muchas fiestas de quintos (Brisset, 2009).

Como puede observarse, aspectos dispares como el compañerismo, la bebida y la comida en abundancia y en común, la violencia o la actividad sexual y las bromas eróticas y de todo tipo conformaban el ritual a través del cual los quintos festejaban la etapa que precedía a su paso por el ejército. Estas fiestas entroncaban, como se ha señalado, con otras formas de ritualidad como los Carnavales y las fiestas que se realizaban en torno a hogueras y que solían tener acompañados muñecos que eran posteriormente quemados, y de igual forma aquellos rituales en los que se llevaba a cabo el sacrificio de un animal, que han ido cayendo en desuso o se han resignificado con el paso de los años.

La fiesta se celebraba antes de la partida de los quintos, pero no se celebraba de la misma forma el regreso de los mismos convertidos en soldados, en hombres cumplidos con su deber de formarse militarmente para servir a su país, probablemente porque resultaba de mayor importancia la fase previa a la marcha de los jóvenes que la posterior a su regreso, cuando ya se les consideraba como hombres de pleno derecho, y por lo tanto el siguiente ritual relevante en sus vidas se esperaba que fuera el matrimonio, ya que esto era lo que se suponía que debían hacer tras su regreso a su comunidad de origen. Para la nación, la hombría se alcanzaba a través del paso por el cuartel, mientras que para la comunidad, además de ello, alcanzar la madurez en el plano laboral y reproductivo era fundamental para alcanzar el estatus de hombre. Durante las últimas décadas, las fiestas quintos han pasado de ensalzar la masculinidad a ensalzar la juventud en un sentido amplio, al incluirse las jóvenes, por lo que la hombría ha dejado paso a la adultez, independientemente de cada género, como nueva etapa en la vida de los quintos y las quintas. Esto es lo que se puede observar en fiestas de quintos que se han mantenido, sobre todo en el ámbito castellano, en casos como el de la localidad toledana de Orgaz, la madrileña de El Vellón, las segovianas de Cantimpalos y Cantalejo y la vallisoletana de Villabrágima. Si bien estas fiestas han dejado de celebrarse en muchas localidades al ser eliminado el servicio militar obligatorio, en aquellos casos en los que se han mantenido lo han hecho adaptándose al cambio social propio de la sociedad actual, lo que garantiza que la tradición, que como sabemos es cambiante, se mantenga.

Conclusiones

El ritual siempre representa un elemento fundamental para conocer cómo una sociedad muestra su sistema de valores y sus símbolos a través de un complejo entramado cultural en el que la comunidad y los diversos grupos que la integran son partícipes de una celebración con la que se sienten identificados. Si las fiestas patronales suponen momentos en los que la identidad local se manifiesta y se refuerza, las fiestas de quintos han cumplido dicha función para las numerosas generaciones de jóvenes españoles que han tenido que realizar el servicio militar obligatorio durante los siglos XIX y XX, y aún la cumplen en aquellos casos en los que las mismas se siguen celebrando, reforzando la identidad juvenil y las actitudes que se suponen van unidas a los jóvenes, participando ya no solamente los mozos sino también las mozas a partir del fin del servicio militar obligatorio y la apertura de rituales festivos como estos a la participación de las mujeres.

La fiesta de la hombría ha pasado a ser la fiesta de la juventud, dado que ya no es la hombría lo que se festeja a través del paso de la adolescencia a la edad adulta de los jóvenes sino que las jóvenes han pasado en muchos casos a formar parte de estas fiestas, por lo que la juventud al completo celebra este ritual de paso hacia la edad adulta, en el que el concepto de quinta se ha ampliado y se ha convertido en más inclusivo, eliminando los aspectos menos acordes al actual sistema de valores, como el sacrificio de animales, que debido a la expansión de los valores de carácter animalista ha sido suprimido, y la exclusividad de la participación masculina, para abrirse al cambio social que ha permitido que continúen teniendo sentido estas fiestas.

Las transformaciones socioculturales, como puede comprobarse, han influido en el ámbito de los rituales festivos, entre los cuales se encuentran estas fiestas de quintos, que han acogido así modificaciones que permiten que lo tradicional se renueve y continúe constituyendo un elemento fundamental de la identidad de estos jóvenes y de sus lugares de origen, aunando esa tradición con los valores de la sociedad actual, y permitiendo por tanto que la juventud de estos pueblos tenga una fiesta que los representa en el marco del ciclo festivo anual, y aprovechando así un antiguo ritual vinculado a un servicio militar obligatorio que ya es pasado, para protagonizar una fiesta que se ha venido manteniendo hasta nuestros días.

Bibliografía

- Anta Félez, J. L. (1990). *Cantina, garita y cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*. Siglo XXI.
- Anta Félez, J. L. (1992). Identidad y diversidad: Una propuesta para conocer el servicio militar. *Revista de Antropología Social*, 1: 193-212.
- Bell, C. (1997). *Ritual. Perspectives and dimensions*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780195110517.001.0001>
- Borreguero Beltrán, C. (1989). *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII. Orígenes del servicio militar obligatorio*. Universidad de Valladolid.
- Box, Z. (2010). *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*. Alianza Editorial.
- Briones Gómez, R. (1999). *Prieguenses y nazarenos. Ritual e identidad social y cultural*. Ministerio de Educación y Cultura, CajaSur y Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba.
- Brisset Martín, D. (2009). *La rebeldía festiva. Historias de fiestas ibéricas*. Luces de Gálibo.
- Bullen, M. y Egidio, J. A. (2003). *Tristes espectáculos: las mujeres y los Alardes de Irun y Hondarribia*. Universidad del País Vasco.
- Cantero, P. A. (1996). La Quinta de Galaroza. *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 19: 15-36.
- Casanova, J. (2011). *Europa contra Europa. 1914-1945*. Crítica.
- Castilla Vázquez, C. y Savage-Hanford, J. (2016). Women in Catholicism or the eternal absence. *Revista de Humanidades*, 29: 153-167. <https://doi.org/10.5944/rdh.29.2016.17221>
- Cazeneuve, J. (1971). *Sociología del rito*. Amorrortu Editores.
- Cornejo, M. y Pires, E. (2003). Una fiesta y varias fronteras: los Quintos de Barrancos (Portugal) y Noblejas (España). *Revista de Antropología Social*, 12: 181-198.

- Delgado Ruiz, M. (2014) [1986]. *De la muerte de un dios. La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular*. Edicions Bellaterra.
- Frieyro de Lara, B. (2002). *De campesino a soldado. Las quintas en Granada (1868-1898)*. Universidad de Granada.
- Galván Tudela, A. (1987). *Las fiestas populares canarias*. Ediciones Canarias, S. A.
- Jociles Rubio, M. I. (1992). *Niños, Mozos y Casados a través de sus fiestas en La Rioja*. Instituto de Estudios Riojanos.
- Lisón Tolosana, C. (2010). *Qué es ser hombre (valores cívicos y valores conflictivos en la Galicia profunda)*. Akal.
- Martínez Ruiz, E. (1992). La celebración de quintas, una cadencia temporal en la España del Antiguo Régimen. *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 11: 215-226. <https://doi.org/10.14198/RHM1992.11.10>
- Molina Luque, F. (2001). *Quintas y servicio militar. Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960)*. Universitat de Lleida.
- Molina Luque, F. (2012). *Servicio militar y conflicto. Historia y sociología de las quintas en España (1878-1960)*. Editorial Milenio.
- Rambla Marigot, X. (1994). *Valuvas, quintos, abuelos i bisas. La representació de la disciplina al servei militar. Papers. Revista de Sociologia*, 44: 111-133. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v44n0.1748>
- Rodríguez Becerra, S. (1985). *Las fiestas de Andalucía. Una aproximación desde la Antropología cultural*. Editoriales Andaluzas Unidas, S. A.
- Romero de Solís, P. (1998). La dimensión sacrificial de la tauromaquia popular. *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 25: 245-260.
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Taurus.
- Van Gennep, A. (2013) [1909]. *Los ritos de paso*. Alianza Editorial.
- Zulaika, J. (1989). *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*. Baroja.